

Nos recordaría que no estamos solas. Su encuentro con el Resucitado se produjo cuando dejó de centrarse en la tumba, cuando miró al jardín y se molestó en hablarle a aquel jardinero desconocido. Cuestionaría nuestras miradas: si van dirigidas hacia nosotros mismos, en abandono narcisista, o si se orientan hacia el mundo y la gente con la que vivimos y trabajamos.

Nos contaría lo que experimentó cuando Jesús la llamó por su nombre. Y nos invitaría a escuchar nuestro nombre de labios del Buen Pastor. Nos advertiría de que es necesario educar el oído, porque escuchar no es igual que oír, y porque una vez que Jesús llama quedas atrapado en la danza de su voz para siempre. Además, el mismo Jesús se encarga de tenerte toda la vida «danzando» entre las personas del mundo con las que nadie quiere bailar.

Ella, que se convirtió en «apóstol de los apóstoles», trataría de convencernos de la importancia de acompañarnos y sostenernos en la vida y en la fe unos a otros. ¡Cristo ha resucitado!

Momento para compartir...

COMPARTIMOS NUESTRA RIQUEZA (Reflexión para compartir con el resto de comunidades).

Leer este texto y sacar dos compromisos para nuestra vida consagrada

El desafío de la calidad evangélica «Profundizar en la formación, tanto inicial como permanente, es dar calidad evangélica a la vida consagrada. Sin ella, no hay nada. La calidad evangélica es fruto de la pasión, del hecho de vivir con el corazón enamorado de Cristo y de la humanidad. El Evangelio es la regla fundamental de todo consagrado. Una vida centrada en Cristo, enamorada de Cristo, lleva a la persona consagrada a asumir también la profecía como elemento distintivo de esta forma de vida. Se trata de una profecía que unifica la dimensión mística y profética, que hace a las personas consagradas hijos del cielo y de la tierra. Cuando la persona consagrada vive con esta calidad evangélica, las comunidades religiosas se convierten en la mejor escuela de formación y en estímulo para los que las habitan y para las nuevas generaciones que se incorporan.

La vida consagrada gana en calidad evangélica cuando se orienta a vivir centrada en Cristo. Así lo señala el magisterio de la Iglesia y, en definitiva, es lo que estamos llamados a vivir. «Si no comprendemos así la formación, no cambiará la vida», insistió Rodríguez Carballo, y «no ganaremos en calidad evangélica». (Fernando Prado Ayuso cmf, en *La formación en la vida consagrada hoy*).



EVANGELIZARNOS

Formación, autoformación...

un camino para la conversión

INTERIORIZO

Seguimos avanzando en el camino de evangelizarnos. Nos hemos sentado a los pies del Maestro a escuchar su Palabra, hemos reavivado el sentido y valor de ser comunidades vocacionadas (fichas 1y 2) y con esta ficha, deseamos abordar el tercer desafío de las Actas del XXVI Capítulo General, «apostar por la formación continua que genere en nosotras una dinámica de conversión», reflexionando sobre el tema de *la formación y autoformación como un camino para la conversión*.

En el Plan General de Formación se nos recuerda que «la formación como itinerario de vida es un camino dinámico y progresivo hacia la configuración con Cristo; es discernimiento en el Espíritu». La formación es continua, formación nunca terminada y por tanto implica que personal y comunitariamente nos dejemos interpelar cada día por Dios a través de los acontecimientos de la historia, es una llamada a querer «aprender a aprender» durante toda la vida, en toda edad y en todo momento, hasta la muerte (cf. PGF, pp.7-8), pues, el objetivo general de la formación no es otro que «capacitarnos para que, libre y generosamente, vivamos la consagración y, renovándonos constantemente en el Espíritu, crezcamos en la unión y configuración con Cristo. Esta consagración ha de traducirse en don de caridad para con Dios y el prójimo, al servicio de la Iglesia y en la misión apostólica de la Congregación (NL n. 158)»(PGF p. 8).

Formación y autoformación...

De todas es sabido que la formación de las hermanas desde los orígenes de la Congregación ha sido una *tarea prioritaria*. En el Capítulo I de la *Regla*

o *Forma de vivir de las Hermanas*, el P. Coll deja ya bien sentada esta prioridad: «*Atiende a ti y también a la doctrina y enseñanza de los prójimos*». Para ello contó desde los inicios de la fundación con cualificados profesores que colaboraron en la formación de las religiosas, y él mismo las formó.

En el transcurso de los años se fue adecuando ese principio a las necesidades de las hermanas y de la misión de la Congregación en sus distintas mediaciones y realidades culturales. Los medios empleados estuvieron siempre al servicio del anuncio de la Palabra y de la formación integral de niños, jóvenes y adultos. Siguiendo las orientaciones de la Iglesia y los avances culturales de su ya larga historia, la Congregación fue implementando la formación de las hermanas, tanto inicial como permanente, de modo que éstas se fueran perfeccionando, según sus posibilidades, y adquiriendo así «*una cultura espiritual, doctrinal y técnica*».

El Concilio Vaticano II expresó con fuerza a través de sus documentos que «*la adecuada renovación religiosa dependía en grado máximo de la formación de sus miembros*» (cf. PC n.18). Los Capítulos generales y provinciales se hicieron eco de esta necesidad y dieron un renovado impulso a la formación, como quedó reflejado en las distintas Planificaciones y Programaciones. La Congregación no escatimó esfuerzos humanos ni económicos para favorecer este proceso y se realizó en el período postconciliar, a nivel general y provincial, un despliegue de encuentros sobre diversos temas, buscando a través de ellos esa «*armónica fusión de todos los elementos que contribuyan a lograr la unidad de vida en las hermanas*» (cf. PC 18). Reflejo de este interés por la formación es el capítulo V, Sección Segunda de las Constituciones renovadas y la introducción de un nuevo capítulo sobre Formación Permanente.

La formación, es la llave que nos abre la puerta para una vida y una misión significativas, consciente de ello, el P. Coll en la Regla o Forma de vivir nos dice: «Os mando que tengáis una hora de estudio con la misma obligación y rigor con que deberíais hacer la santa oración» y con frecuencia hemos oído e incluso repetido que el presente y futuro de nuestra vida y misión, dependen mucho de la formación que recibimos y damos. Por ello, cada una de nosotras, debemos entender y vivir la formación como una gran responsabilidad personal y comunitaria y ser conscientes de que

«*Ve y di a mis hermanos*» (Jn 20,10-17)

María Magdalena, acompaña el itinerario vital de Jesús de Nazaret como mujer apasionada, afectiva, luchadora, audaz, valiente y profética. Cuestiona las estructuras y echa abajo las barreras de la exclusión. Al releer las narraciones en que aparece, encontramos una mujer de grandes deseos, símbolo de la búsqueda apasionada del Dios de la Vida, que puede ser fuente de inspiración para nuestra vida religiosa consagrada. María Magdalena es capaz de correr todos los riesgos, incluso de poner su propia vida en peligro, a causa de su opción por la vida y de su pasión por el Dios de la Vida.

María, auténtica discípula de Jesús, fue llamada y enviada por el resucitado para **volverse** a los discípulos y anunciarles la Vida, convirtiéndose así en «apóstol de apóstoles». Esta experiencia puede despertar en nosotras la búsqueda de la construcción de un mundo nuevo, marcado por la lógica gratuita del Amor, animado por el sueño de la Esperanza, sustentado por una Fe inquebrantable. No se trata de un simple volverse geográfico sino de una auténtica transformación. «**Volverse**» significa metanoia, es decir, entrar en una dinámica permanente de conversión. La vida religiosa está necesitada de una verdadera transformación ante los nuevos signos de los tiempos en orden a reencontrar su mística, la pasión del «primer amor».

María se deja re-crear por Jesús, que la va conduciendo, progresivamente, a una fe más madura. Es prototipo de la primera comunidad que no comprende el sentido de la muerte de Jesús, que no es capaz de pasar del sepulcro al jardín. El Resucitado le da una misión: la envía «a mis hermanos», y ella realiza el mandato desde la experiencia personal de encuentro: «He visto al Señor». Ahora, podemos proclamar que nuestro destino está en el jardín, que Dios, de nuevo, nos lo ha vuelto a regalar en Cristo resucitado.

Leemos el diálogo entre el Resucitado y María (Jn 20,10-18)

Meditamos en silencio...

Si María Magdalena nos tomara hoy de la mano...

Nos pediría que la acompañáramos ante la tumba vacía. Nos hablaría de cómo su vida se movió entre el sepulcro y el jardín, entre el vacío y la plenitud, entre la muerte y la vida, entre la desesperación y la esperanza. Luego nos preguntaría por nuestras tumbas, por nuestras esperanzas, por nuestras ansias de vida.

de Dios, antes incluso de traducirse en prácticas religiosas o en compromisos históricos. La fe radical es la que nos introduce en la dimensión contemplativa y se alimenta de ella; es la que envuelve toda la persona y se convierte en manantial de la verdadera alegría, de la esperanza que no defrauda, y de nuestro testimonio en el mundo.

Referencias bibliográficas para ampliar

NL Cap. III. El estudio

Plan General de Formación, pp.7-20.

Compendio de Historia de la Congregación pp. 199-206; 284-291.

Bonifacio Fernández, *Relación con Cristo: formación permanente*, en Vida Religiosa, febrero 2016.

LA RIQUEZA DE LA COMUNIDAD

- **Comparte tu reflexión personal sobre el tema.**
- **Lee esta frase y coméntala con tus hermanas de comunidad:**
«La formación es llave que nos abre a un presente con pasión y a un futuro con esperanza y, por consiguiente, a una vida religiosa significativa. La formación tiene una “importancia decisiva” para quienes deseen “reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores” (VC 37), y al mismo tiempo, “tomar conciencia de los retos del propio tiempo” (VC 73), para darle una respuesta adecuada desde el evangelio».

UNA COMUNIDAD QUE CELEBRA

«**Quitar o añadir**» Proponemos iniciar este momento de oración con la siguiente dinámica.

Un artista, para lograr la obra que se ha propuesto, puede proceder de dos maneras: **quitar** lo que sobra o **añadir** lo que falta. Así, por ejemplo, un escultor va despojando al bloque de mármol sobre el cual trabaja todo aquello que estorba o no corresponde con la imagen de lo que se ha propuesto realizar. De la misma manera, un pintor va añadiendo sobre el lienzo vacío los colores y formas de lo que ha concebido.

Quien dirige la dinámica propone a cada hermana pensar en algo que tiene que “quitar” o “añadir” en su vida y lo simboliza con un trozo de barro, plastilina o escribiéndolo; una vez realizado el gesto, se invita a compartirlo.

cada hermana es la primera responsable de su propia formación (autoformación) y puesto que Dios es el primer agente de esta formación, debe abrirse activamente a la gracia, cooperando en el proceso de respuesta a la llamada del Señor a La Anunciata (cf. NL, n. 246, I-II).

...Camino hacia la conversión

Nuestra llamada supone seguimiento, un seguimiento total, vinculante, englobador, que pretende asimilar y hacer propias las actitudes, los valores y el estilo de vida de Jesús de Nazaret, el Maestro.

La formación consiste fundamentalmente en dejarse transformar y configurar con el Maestro, dejar que el Espíritu nos vaya con-formando con Él. Por ello, una actitud fundamental que todas debemos tener es «abrir toda nuestra vida a la acción del Espíritu Santo» (VC 65).

La formación es «**conversión a la Palabra de Dios**» (VC 68), es ir cambiando actitudes para acoger mejor la Palabra de Dios, para dejar que nuestra vida se conforme cada vez más con la de Cristo. Es transformación de la transformación de la mente y del corazón, según la mente y el corazón de Cristo, por eso es un proceso dinámico de crecimiento en que cada uno abre su corazón al Evangelio en la vida diaria, comprometiéndose a la conversión continua para seguir a Cristo con fidelidad cada vez mayor al propio carisma. Esto lleva a asumir la radicalidad de vida como una exigencia normal del seguimiento de Cristo. Si la vida religiosa consiste en “reproducir” y “seguir” más de cerca la vida de Jesús, la radicalidad evangélica no es un “optional”, sino una opción de vida. Recordemos que en los orígenes de la vida consagrada el Evangelio, la integridad del Evangelio, y la firme voluntad de vivirlo y de configurar la propia vida a él, era el criterio fundamental del discernimiento vocacional. Ello hacía que los consagrados viviesen una vida radicalmente evangélica. Es la hora de volver a caminar desde el Evangelio, si queremos revitalizar nuestra vida y misión, y si queremos alejarnos de la mediocridad de vida y de misión (cf. José Rodríguez Carballo, OFM, Vida consagrada en Europa: Compromiso por una profecía evangélica, en USG 2'10, 86-87, también en Verdad y Vida, año LXIX, n. 258, 18-20.)

Estudiamos para alcanzar la Verdad y darla a los demás, no para adquirir solamente conocimientos. Nuestro Padre Santo Domingo, para discernir las necesidades de su tiempo se deja iluminar por el Evangelio. En el proceso de Canonización se testificaba que, de palabra y por escrito, exhorta-

ba a sus hermanos a estudiar constantemente en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento:

«Fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la Orden, con su palabra y por medio de cartas, para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento. Esto lo sabe porque se lo escuchó decir, y vio sus cartas. Dijo también que llevaba siempre consigo el Evangelio de san Mateo y las cartas de san Pablo; estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía de memoria». (Cf. L. GALMÉS y VITO T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, p.161).

El episodio de la conversión del posadero en el viaje de Domingo a Las Marcas, es uno de tantos ejemplos de cómo la sabiduría que Domingo obtuvo al estudiar la Palabra, transforma el corazón y la mente:

«En la misma noche en que fueron alojados en la misma ciudad [Toulouse], el subprior mantuvo con calor y firmeza una larga disputa con el hospedero de la casa que era hereje. No pudiendo aquel hombre resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba [Hch 6,10], le recuperó para la fe, con la ayuda del espíritu divino». (Cf. L. GALMÉS y VITO T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, p.89).

Al P. Coll el estudio profundo y constante de la Verdad Sagrada, que tiene como punto de arranque la Palabra de Dios, también le nutrió de sabia abundante. La fuerza de su predicación reside en la manifestación de la vivencia de una fe sólida, arraigada, profunda y en el ánimo vivo (celo) que poseía para comunicarla, o mejor, para despertarla en aquellos corazones que lo escuchaban, logrando en ellos una gran transformación.

La Palabra de Jesús, sembrada por el P. Coll en las tierras catalanas, es la que convocó a tantos hombres y mujeres sacándolos de sus esclavitudes, de su rutina, experimentando una «pascua» en sus vidas, convirtiéndose en seres nuevos, y dejando atrás todo lo que es símbolo del «hombre viejo» Así lo confirma el Ilmo. Sr. Obispo de la Seo de Urgel, Fr. Simón de Guardiola, quien dijo del P. Coll:

«El que hace prodigios es el buen P. Coll, y no sé cómo componer y dar gusto a los que me lo piden. En el día hace un largo novena-

rio en Castellbé y hasta de diez horas acuden las gentes a oírle, y hacen su confesión general. Los pueblos verdaderamente tienen hambre de la divina palabra y cuando encuentran algo que les hable al corazón, se rinden y mudan de vida. Dios nos dé muchos hombres apostólicos como el P. Coll, y Dios nos volverá a la paz que tanto necesitamos».

Severino M^a Alonso cmf. nos recuerda que «en todas las formas y estados de la vida, la conversión no es un acto, que se realiza de una vez para siempre, sino un verdadero proceso, que ha de durar la vida entera» La verdadera conversión-metanoia— en sentido bíblico es una transformación radical, es decir, un cambio de toda persona por dentro; es un verdadero reajuste con la mentalidad, la lógica, la escala de valores y las actitudes vitales de Jesús.

La vida consagrada por su misma naturaleza, es una forma especialmente radical de entender y vivir la conversión evangélica; por ello nuestra vida supone y exige una actitud permanente de conversión y ello nos conduce a permanecer en una formación continua que como ya hemos señalado, nos conduce a una transformación de la mente y del corazón.

En tiempos de invierno, de vendavales y de tormentas como los que estamos viviendo en algunos continentes, es urgente volver a fundar o refundar la vida religiosa sobre la roca que es Cristo, sobre la roca firme de la fe radical, sobre la experiencia de Dios. Si no queremos edificar sobre arena movediza hemos de favorecer en la formación permanente e inicial una verdadera **experiencia de Dios**, una experiencia que lleve a abrirse a Él, y a acogerlo incondicionalmente. Una experiencia que provoque en uno un movimiento irreversible que se oriente hacia la conversión, se traduzca en una identidad sólida, y se convierta en misión. Una experiencia que suponga un proceso tal que uno pueda decir: allí estaba Él, yo no lo veía, no lo oía, no lo tocaba, pero Él estaba allí. A partir de esa confesión comienza el camino de la fe.

La experiencia de Dios de la que estamos hablando supone, en primer lugar, formarnos y formar en una fe radical, en la experiencia del absoluto que relativiza todo lo demás. Es la fe radical o experiencia teologal la que da sentido y sabor al proyecto de vida de un religioso. Esa fe radical es la que lleva al creyente, al religioso, a la entrega confiada a la providencia